Un Bosque Dividido: Capítulo 15 alternativo

Traducción realizada por Lex

Sombra Alta miró la pila de presas. Los dos ratones y el escuálido mirlo que Patas de Barro y Orejas de Ratón habían traído de su viaje de caza no les darían de comer a todos. Miró hacia el cielo. El sol se hundía más allá de las puntas de los pinos. Todavía había tiempo para enviar otra patrulla.

"Pico Dentado". Llamó a través del claro hacia la gran guarida tejida entre las zarzas en el extremo más alejado.

Acebo asomó la cabeza por la entrada. "Abandonó el campamento con los cachorros", dijo. "Les está enseñando a cazar".

Sombra Alta cruzó el claro hacia la erizada gata. Acebo salió a su encuentro.

"¿Sigues trabajando en tu guarida?" Sombra Alta miró con aprobación el techo alto y arqueado.

"Sólo estoy apartando zarcillos. Siguen atrapando las pieles de los cachorros". Acebo se sentó y lamió una pata.

Sombra Alta podía oler la sangre en ella. "Debe ser un trabajo espinoso".

"Mis rasguños sanarán", le dijo Acebo con naturalidad. "Pero la guarida se mantendrá fuerte durante muchas temporadas".

Sombra Alta agachó la cabeza para echar un vistazo al sombrío interior. Podía distinguir los nidos alineados a lo largo de la pared del fondo. "Cuando terminéis aquí, tal vez podáis ayudar a construir otro". Señaló con la cabeza a Patas de Barro y Orejas de Ratón mientras descansaban en el borde del claro, cansados después de su larga cacería. "Me sentiría mejor si todos tuviéramos un refugio antes de la próxima nevada".

"Por supuesto". Acebo escudriñó la pared del campamento. Ya había otra madriguera que sobresalía como un nido de grajos. Estrechamente entretejidos, los tallos de zarza formaban excelentes refugios. Corazón de Guijarro llevaba un cuarto de luna trabajando en el suyo, y era casi tan grande como el de Acebo. Ahora estaba ocupado ahuecando la tierra del interior hasta que parecía más un capullo que una guarida.

Salió mientras Acebo lo observaba y le hizo un gesto con la cabeza. "Ojalá hubiera brezo aquí". Se sacudió el barro de las patas. "Sería un buen forro".

Sombra Alta agitó la cola. "La próxima vez que la pila de presas esté llena, enviaré una patrulla al páramo a buscar un poco".

“Necesitarás muchas”. Acebo miró más allá de Corazón de Guijarro hacia su guarida. “Hay suficiente espacio ahí dentro para un tejón”.

“Quiero espacio para más nidos”, explicó Corazón de Guijarro. “Si los gatos enferman, necesitarán un lugar para descansar donde pueda vigilarlos”.

Sombra Alta se sentó, el placer calentando su pelaje. Estaban convirtiendo su nuevo campamento en un hogar. Protegido entre los pinos, se sentía más seguro y acogedor que el hueco del páramo. No echaba de menos el cielo abierto ni los vientos enérgicos. Y los sonidos amortiguados del bosque -el parloteo de los pájaros y el crujido de los pinos- la tranquilizaban.

Su única preocupación ahora era Ala Gris. Hacía días que se había ido. ¿Seguía enfadado por su pelea o le había pasado algo? «Tal vez debería enviar un grupo de búsqueda». ¿La acusaría de tratarlo como a un gato callejero?

Las zarzas sonaron en la entrada del campamento y ella salió de sus pensamientos. «¿Ala Gris? ¿Pico Dentado y los cachorros?» Se puso rígida de sorpresa al reconocer el pelaje naranja y blanco de Trueno. Entró en el campamento.

Se apresuró a saludarlo, su nariz se agitó cuando olores desconocidos tocaron su nariz. Dos gatos extraños siguieron a Trueno al campamento. Río Ondulado venía detrás.

Mientras ella miraba, perpleja, a los extraños, Patas de Barro y Oreja de Ratón se pusieron en pie, con las pieles agitándose inquietas.

Los visitantes eran delgados, sus pieles andrajosas. La miraban con ojos apagados por el cansancio y el hambre. «¿Por qué los había traído Trueno? ¿Acaso Cielo Claro no los quería?»

Oyó zarpas rozando las agujas y sintió a Acebo a su lado. “¿Quién es?”

Uno de los extraños se adelantó y se encontró con la mirada de Sombra Alta. Su pelaje moteado le resultaba extrañamente familiar, aunque era delgada y se le pegaba a los huesos. Las patas de Sombra Alta se agitaron nerviosas. «¿Por qué me mira así?» La callejera la miraba expectante, como si ya se conocieran. El corazón de Sombra Alta se aceleró. Esas marcas moteadas. Los ojos muy abiertos alrededor de un hocico delgado. Viejos recuerdos se agitaron. Sombra Alta abrió la boca y probó olores más allá del hedor del hambre y los viajes. Un tenue sabor a roca y hielo tocó su lengua.

«¿Podría ser un gato de la tribu?»

Sombra Alta se congeló.

“¿No me conoces?” El maullido de la gata estaba cargado de emoción.

Sombra Alta se inclinó hacia delante y olfateó, sintiendo una gran emoción al reconocer un aroma que no había olido en lunas. “¿Lluvia Silenciosa? ¿Eres tú?” Su pelaje se erizó como si un relámpago chisporroteara en el aire. Su pecho se llenó de alegría.

Acebo se movió a su lado. “¿Conoces a este gato?”

Lluvia Silenciosa ronroneó, su pecho crepitó. “Me conoce bien”. Levantó el hocico cuando Sombra Alta saltó hacia delante y la rodeó. Su mirada se desvió hacia el segundo gato. ¿Cómo no había reconocido su delgado cuerpo oscuro y su firme mirada verde? “Tú debes ser el cachorro de Sombra Lunar. Se parecía tanto a su padre. Le dolía el corazón verlo, tanto de pena al recordar la pérdida de su compañero de camada como de alegría al contemplar a su hijo.

Asintió solemnemente y Sombra Alta se quedó helada. «¿Sabía que su padre había muerto?»

Trueno se acercó, como si leyera sus pensamientos, y se inclinó cerca de su oído. “Saben lo de Sombra Lunar y Corriente Brillante, pero eso es todo lo que les he contado de sus antiguos compañeros de tribu”.

“¿Dónde está Ala Gris?” Lluvia Silenciosa miró alrededor del campamento, con los ojos brillantes de esperanza.

Sombra Alta vaciló.

“¿Qué sucede?” Lluvia Silenciosa se dio la vuelta para mirar acusadoramente a Río Ondulado. “¿Por eso has venido parloteando como una urraca? ¿Nos estás ocultando más penas?”.

Río Ondulado la miró fijamente, pero no dijo nada.

Sombra Alta agarró la tierra con sus garras. ¿Qué debía hacer? Lluvia Silenciosa no parecía en condiciones de escuchar más malas noticias. “Ala Gris no está aquí en este momento”. Miró esperanzada a Trueno. “¿Lo has visto?”

Trueno parecía confundido. “¿Por qué habría de hacerlo? Ahora vive aquí”.

Acebo agitó las orejas. “Se fue hace unos días. No lo hemos visto desde entonces”.

“¡Ha desaparecido!” Lluvia Silenciosa parpadeó a Trueno. “¡Dijiste que estaría aquí!” Volvió a escudriñar el claro: “¿También han desaparecido Cielo Claro y Pico Dentado?”.

Sombra Solar gruñó. “¿Qué nos estás ocultando?”

A Sombra Alta le picaba la frustración. Debería contarles todo lo que había ocurrido desde que abandonaron las montañas. Miró desesperada a sus viejos amigos de las montañas. Sombra Solar temblaba, sus flancos huesudos se estremecían. Lluvia Silenciosa se balanceaba sobre sus patas. «Aún no son lo bastante fuertes para oírlo»

Unas patas patalearon hacia ellos. “Huelo infección”. Corazón de Guijarro cruzaba a toda prisa el claro. Se detuvo junto a Lluvia Silenciosa y comenzó a olfatear su pelaje.

Ella se apartó. “¿Quién es?”

“Corazón de Guijarro”, le dijo Sombra Alta. “Tiene el poder de curar”.

“Yo sé de hierbas que podrían ayudar”, Corazón de Guijarro murmuró modestamente. Olfateó la piel de Lluvia Silenciosa una vez más, deteniéndose al llegar a la herida ennegrecida de su pata trasera. “¿Es tu única herida?”, preguntó.

Lluvia Silenciosa resopló. “La única digna de mención”.

“Necesita una cataplasma”, le dijo Corazón de Guijarro. “Te haré una. Por favor, descansa mientras lo hago. Y come. Necesitarás fuerzas para luchar contra esta infección. Es muy profunda”. Señaló con la cabeza hacia la pila de presas, luego se apresuró hacia su guarida.

Lluvia Silenciosa lo vio irse. “Al menos hay un gato que es honesto”.

“¡Todos somos honestos!” Sombra Alta se erizó. «¿Cómo se atreve? Esta es mi casa y ustedes son mis invitados»

Se encontró con la mirada de Lluvia Silenciosa con fiereza. “Corazón de Guijarro tiene razón. Necesitas descansar. Hay mucho que contar, pero no voy a decirte nada mientras parezca que puedas hacerlo en cualquier momento”.

Un ronroneo brotó en la garganta de Lluvia Silenciosa. “Tienes el temperamento de Sombra Lunar”.

“Y ya veo de dónde sacó su espíritu Cielo Claro”. Sombra Alta se dirigió a la guarida de Corazón de Guijarro. “Sígueme”.

Lluvia Silenciosa arrugó la nariz mientras se acercaba. “¡Huele a savia!”

Sombra Alta se detuvo junto a la entrada de la guarida. “Corazón de Guijarro está mezclando hierbas para tratar tu herida”.

Mientras hablaba, Corazón de Guijarro salió, con una hoja doblada en sus mandíbulas. La dejó caer junto a Lluvia Silenciosa. “Túmbate, por favor”.

Ella lo miró con recelo, pero siguió su orden y se tumbó con cuidado en el suelo.

Sombra Alta pudo ver cómo el alivio suavizaba el rostro de la vieja gata mientras descansaba.

Corazón de Guijarro desdobló la hoja con la pata, luego sorbió un poco de la pulpa verde del interior y empezó a lavársela en la herida a Lluvia Silenciosa.

Ella hizo un gesto de dolor, pero no emitió ningún sonido.

“¿Se curará?” Sombra Solar se inclinó hacia delante.

“Con el tiempo”, murmuró Corazón de Guijarro entre lametones.

Sombra Alta hizo una señal a Patas de Barro y Orejas de Ratón con un movimiento de la cola. “Necesitaremos más presas”.

Orejas de Ratón asintió. “Cazaremos”.

“Encontré un alijo de nueces de haya mientras estábamos fuera esta mañana”, maulló Patas de Barro. “Donde hay nueces, hay ardillas”.

Los dos machos cruzaron el claro. Pasando junto a Río Ondulado y Trueno, se dirigieron fuera del campamento.

Sombra Alta los siguió y se detuvo al lado de Trueno. “Gracias por traerlos”.

“Quería veros a ti y a Ala Gris”, se encogió de hombros Trueno.

Sombra Alta sintió el familiar tirón de la preocupación. “Si ves alguna señal de Ala Gris, dile que venga a casa”.

“Claro”. Trueno agachó la cabeza.

Río Ondulado movió las patas con impaciencia. “Debo volver a la isla. Los otros se preguntarán dónde estoy”.

Los demás. Al oír sus palabras, Sombra Alta recordó la despedida en la hondonada. “¿Dejaste que Pelaje Moteado y Hielo Destrozado se unieran a tu grupo?”.

“Por supuesto”. Ronroneó Río Ondulado. “Fueron bienvenidos y se han instalado bien. Aunque me sorprendió verlos. Noche y Rocío han estado enseñando a Pelaje Moteado a nadar”.

Sombra Alta vio a Trueno estremecerse.

“Ayer pescó su primer pez”, continuó Río Ondulado. “Puede que haya nacido en las montañas, pero se mueve como una nutria en el agua”.

“¿Dijiste Pelaje Moteado?” Lluvia Silenciosa llamó a través del claro.

“Ella y Hielo Destrozado viven ahora con Río Ondulado”, respondió Sombra Alta.

“¿Gatos de montaña que viven junto al agua?” Lluvia Silenciosa parpadeó mientras Corazón de Guijarro trabajaba en su herida.

“No olvides que nos criamos detrás de una cascada”. Sombra Alta sintió una punzada ante el lejano recuerdo. Habían pasado tantas cosas desde entonces. ¿Habían cambiado? “Tal vez Pelaje Moteado extrañaba el sonido que la arrullaba”. «¿Lluvia Silenciosa entendería alguna vez las decisiones que habían tomado desde que llegaron a su nuevo hogar?» Su corazón se sintió pesado de repente. No todas las decisiones habían sido buenas. «¿Cómo explicaría la batalla con Cielo Claro y sus bribones?» Sintió un nudo en la garganta al imaginarse la tumba junto a cuatro árboles donde yacían tantos de sus amigos.

Río Ondulado se giró. “Debo irme”.

“Yo también”. Trueno miró a Sombra Alta. “¿Puedes ocuparte de ellos? ¿Tienes suficientes presas?”

“Encontraremos suficientes”, prometió Sombra Alta. Estaban aprendiendo rápido los mejores lugares para cazar entre los pinos. Y en la tranquilidad del bosque, las presas eran fáciles de oír. Era escasa, pero todos eran buenos cazadores.

Río Ondulado se dirigió a la entrada y se escabulló del campamento.

Cuando Trueno se dio vuelta para seguirlo, Lluvia Silenciosa llamó una vez más a través del claro. “¡No te vayas, Trueno! Cuéntame más sobre tu padre. ¿Ha encontrado una nueva compañera?”

Sombra Alta vio que la mirada del joven Tom se afilaba. “Quédate”, susurró. “Sólo lo suficiente para asegurarle que está bien”.

Trueno la miró con incertidumbre y Sombra Alta se preguntó qué lo preocupaba. Antes de que pudiera preguntar, el muro de zarzas se estremeció cuando Pico Dentado se acercó.

“¡Has vuelto!” Acebo se apresuró a saludarlo.

Lluvia Silenciosa se levantó de un empujón, apartando a Corazón de Guijarro. “¡Hijo mío!”

Pico Dentado se detuvo, con los ojos muy abiertos. “¿Lluvia Silenciosa?” La alegría iluminó su mirada y se apresuró a saludarla, arrastrando un poco la pata trasera en su prisa.

La mirada de Lluvia Silenciosa se dirigió instantáneamente a su pata herida. “¿Qué ha pasado?”, jadeó.

“Una vieja herida”. Pico Dentado se detuvo. “Me caí de un árbol. No tiene importancia”.

“¡Estás cojo!” Lluvia Silenciosa lo miró fijamente, la decepción nublando su mirada. Pico Dentado se puso rígido, el pelaje rasgándose a lo largo de su columna vertebral.

Acebo gruñó. “Cojea, eso es todo”, le dijo secamente a Lluvia Silenciosa. “Puede cazar y pensar tan bien como cualquier gato y…”.

Unos maullidos emocionados la interrumpieron. Nariz de Rocío corrió hacia el campamento, arrastrando un topillo, mientras Manto Tormentoso y Ojo de Águila se agolpaban a su alrededor.

“¡Es mi turno de llevarlo!” se quejó Ojo de Águila.

Pico Dentado se volvió hacia ellos con severidad. “¡Comportaos! Mi madre está de visita desde las montañas”.

Nariz de Rocío dejó caer el topillo y se quedó mirando a la gata harapienta. “¿Esa es tu madre?” Piel de Tormenta corrió al lado de Acebo y se refugió bajo su vientre. “¿Qué hace ella aquí? Huele raro”.

Ojo de Águila caminó hacia Lluvia Silenciosa, con la nariz agitada. “¿Por qué estás aquí?”

Lluvia Silenciosa se erizó. “¿Así es como crías en esta tierra de tierra blanda?”. Miró a Pico Dentado. “Nunca habría permitido semejante grosería”.

Los ojos de Acebo brillaron de rabia. “Quizá por eso se fueron tus hijos”.

Lluvia Silenciosa le devolvió la mirada. “¿Cómo te atreves?”

Pico Dentado se interpuso entre ellos. “Mis cachorros son vivaces”, le dijo. “Pero tienen buen corazón y serán buenos cazadores”.

Lluvia Silenciosa lo ignoró y se volvió hacia Trueno. “Quiero ver a mis otros hijos”, maulló. “¿Dónde está Cielo Claro?”

Trueno bajó la mirada. “Está en el bosque”.

“¿Dónde te encontramos?” Los ojos de Lluvia Silenciosa se abrieron de par en par. “¿Por qué nos has traído hasta aquí?”.

“Os llevaré con él cuando estéis mejor”, murmuró.

“¿Y qué hay de Ala Gris?” Lluvia Silenciosa dirigió su mirada hacia Sombra Alta.

“Ya te lo dije”, maulló Sombra Alta con irritación. “Hace días que no lo vemos”.

“Si Ala Gris ha desaparecido”, gruñó. “Debes encontrarlo. Vine aquí a ver a mi familia y no me iré hasta que lo haga”.

Sombra Alta miró fijamente a la gata. «¿Cómo se atreve a entrar en mi campamento y empezar a dar órdenes?» Y sin embargo, la gata de montaña había viajado mucho. Estaba cansada y hambrienta, y su herida parecía dolorosa. Se tragó su ira. Lluvia Silenciosa merecía amabilidad y respeto. A la vieja gata aún le quedaba mucho dolor que afrontar. Lo menos que podían hacer era llevarle a sus hijos. Sombra Alta se volvió hacia Trueno. “Encuentra a Ala Gris, por favor”.